

01

**Tino
Alvarez**

El
uni-
for-
me





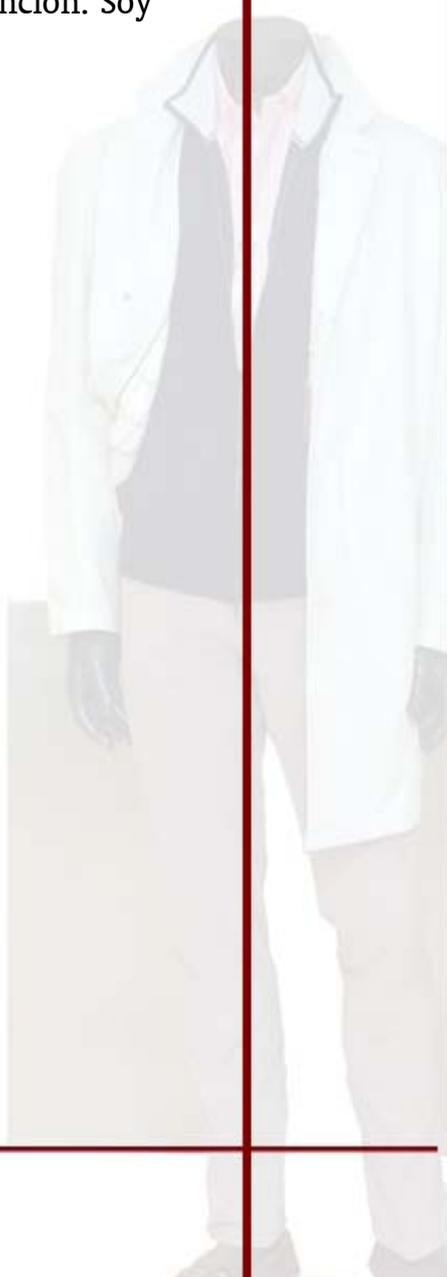
Debo reconocer que no llevo bien eso de la moda. La elección de la ropa lo considero un problema a resolver, en el que hay que conjugar comodidad y decoro, nada más. El seguidismo de unas tendencias impuestas por las firmas del sector, que se enriquecen del hecho de convertir en obsoletas prendas de vestir de un año para otro, me parece una estupidez. Por eso, cuando encuentro una solución, en forma de indumentaria útil y a mi gusto, la convierto en elección definitiva, ya proceda de la boutique más exclusiva o del chino de la esquina. Dicho de otra manera: siempre visto de la misma forma. Será aburrido para otros, no para mí. La elegancia es otra cosa, pienso yo.

Admito tener alguna que otra manía, quizás propia de personas mayores, que no es el caso. Pero eso de atraer miradas de admiración en la calle solo por una presencia acicalada o extravagante, en realidad simple vanidad, no va con mi forma de ser. Todo, menos llamar la atención. Soy de preceptos inamovibles, lo reconozco, pero desde que alcanzo a recordar ese criterio siempre me ha funcionado.

¿Trasnochado? Nada de eso. ¿Por qué entonces lo de bicho raro? Sopeso seriamente la posibilidad de una conspiración en mi contra. Lo repito: me da lo mismo, hay que ser consecuentes con las ideas propias. La vestimenta no deja de ser una artificiosidad, se pongan como se pongan.

No crean que mi actitud pasa desapercibida. En absoluto. Eso de utilizar siempre el mismo modelo de zapatos o chaqueta desde hace treinta años sugiere a mis amistades todo tipo de comentarios, el mejor de ellos, como digo, lo de bicho raro. Me resbala. Para mí, resulta cómodo y práctico, además de evitarme quebraderos de cabeza innecesarios.

¿Acaso los militares no visten siempre de la misma manera y no por eso se les deja de considerar elegantes? ¿Ha de ponerse en entredicho su sano juicio por vestirse todos del mismo modo o desfilan con el mismo paso? ¿Y los curas, acomodadores, conserjes, músicos, bomberos, policías y demás elementos productivos de nuestra sociedad? Si hasta los jueces, prototipo de equilibrio moral, gustan de uniformarse para ejercer. Sin





duda, el hábito hace al monje. No me convencerá nadie de otra cosa.

...//.....

Andaba yo en estas y otras divagaciones, cuando alguien me llamó la atención sobre el atuendo en boga:

—Mira, eres el único de la sala que lleva pantalones largos. En verano ya nadie viste como tú. Parece que vas de uniforme. Qué raro eres, terminó por sentenciar mi mujer.

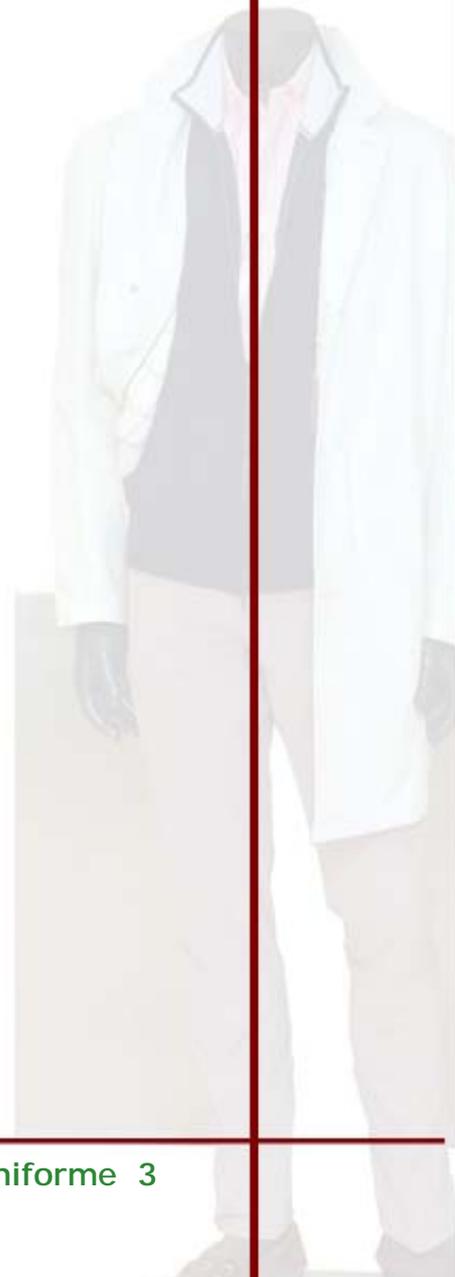
—¿Tu también? ¡Qué cruz!, respondí.

Eché una ojeada a mi alrededor y, efectivamente, comprobé que era el único individuo varón que cubría sus piernas hasta los tobillos. No sólo eso: estoy por asegurar que en todo el recinto (la sala de espera del Pabellón de Urgencias del Hospital General Universitario) nadie más que yo utilizaba calcetines, prenda anticuada, por lo que se ve, que además combina pésimamente con las modernas chanclas de playa, otro elemento muy extendido recientemente entre el público masculino. Si me apuran, podría afirmar también que nadie usaba ropa interior, es decir, que la ropa interior era la que se mostraba a los demás como único atuendo. Camiseta rotulada y pantalón corto, a la media pierna o la media pantorrilla, según gustos, completaban el uniforme de aquel personal variopinto. Digo bien: uniforme.

—¿No es eso un uniforme?, interrogué cargado de razón, sin esperar respuesta.

—La gente se deja llevar. Ahora no es como antes, lo importante es estar cómodo. Ya nadie se fija en la manera de vestir de nadie, aseveró ella.

—Tu sí, por eso me criticas, respondí, confiado de haberla pillado en un renuncio.





—Ni hablar, que no, y punto. Lo de punto lo dije yo, para mis adentros, como un remache a su intransigencia.

La refriega me devolvió a mis reflexiones interiores. También a ella le parecía mal mi escaso atrevimiento indumentario. En cambio, veía bien el cutrerío de que hacía gala la mayoría. A mi me tildaba de uniformado y a los demás, todos cortados por el mismo patrón chabacano, el fruto de la libertad y la espontaneidad general. Toma del frasco.

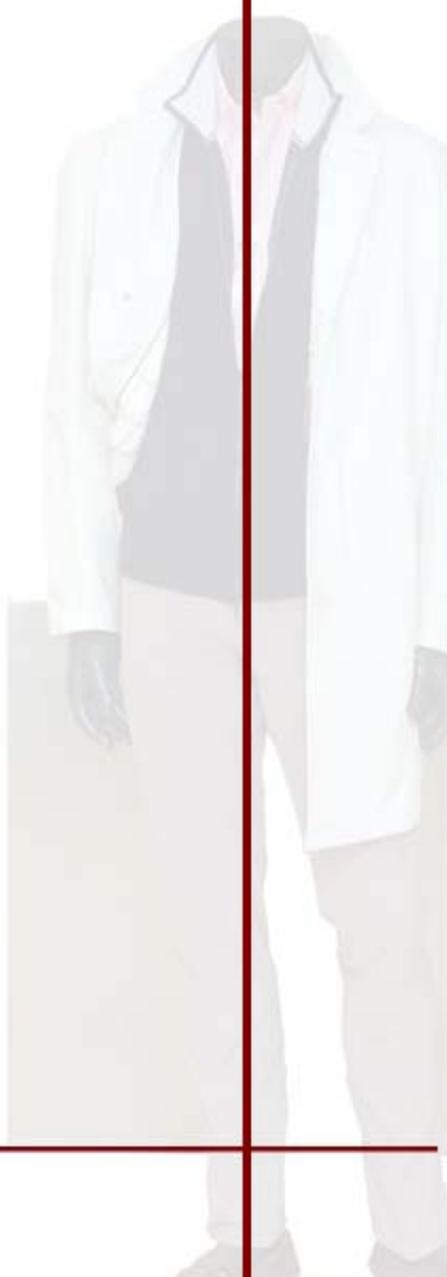
Lógicamente, mi respuesta fue de indignación. Más que una llamada al orden, aquella opinión, por reiterativa, la consideré una carga de profundidad, una humillación que no estaba dispuesto a consentir.

Por momentos, conforme crecía mi rencor, comenzaron a resquebrajarse los cimientos intelectuales de mi cerebro. Mis pensamientos vacilaban, se nublaban, se hundían. Pasé en sólo un instante a valorar mi conducta, no ya como anticuada, sino como intolerable, más que eso, delictiva.

Aún así, ¿cómo encajar en mi personalidad adusta un bolsito multiusos colgado en bandolera, según el modelo de actualidad?

Definitivamente, no iba conmigo esta moda. Nunca mostraré mis piernas desnudas en público. Nunca.

Dos celadores, también uniformados, tras una primera observación desdeñosa, se dedicaron a escrutar mi aspecto trasnochado, o revolucionario, ya no sé que pensar, como portador de una mirada huidiza, algo que debía ser motivo de sospecha. Tras dirigirse a mí con graves alegatos sobre el diseño de mi traje y pedirme los papeles del seguro, pasaron a la acción, zarandeando mi cuerpo de forma violenta. Su agitación parecía hacerles mutar en guardias de seguridad, terno blanco inmaculado pero brutos como mulas. Incluso uno de ellos me tomó por la solapa con la intención inequívoca de sacudirme, blandiendo en su mano derecha una porra trenzada con vendas usadas. El odio a lo diferente...





—Oye tú, espabila –gritó mi señora, tras oír el apellido familiar a través de los altavoces, pronunciado por una voz de mujer, atronadora–.

¿Te habías dormido? Que ya te toca.

A la consulta tres. Tu problema es que tomas demasiado el sol y luego no te rige bien la cabeza. ¡Qué hombre, por dios!



Yo obedecí, sin rechistar. Seguí sus pasos sin dejar de acomodarme el nudo de la corbata, a esas horas del día algo ya desfigurado por el manoseo. La americana, en cambio, permanecía impecable.

El médico de guardia indagó sobre mis dolencias sin mirarme a la cara.

Que si dolor de articulaciones, fiebre, tos seca. Yo no acertaba a responder, apenas asentía. Mi mirada merodeaba por las cuatro paredes del consultorio, un habitáculo con dos puertas de salida a dos pasillos diferentes, que me hicieron recordar aquello de por un oído me entra y por otro me sale.

—Lo suyo no es nada importante, quizás un golpe de calor, sentenció el facultativo, uniformado de pijama verde y zuecos blancos, muy convencional.

Con las mismas, garabateó algo en un formulario para recetas, y se dispuso a librarse de mí.

—Tómese esto y beba mucha agua. ¡Ah!, y póngase algo fresco, hombre. ¿No ve que con esa ropa le va a dar algo...?

Traté de darle réplica, pero desistí. No merecía la pena. En realidad hablábamos idiomas diferentes. Pensé entonces en los fumadores perseguidos por doquier, que acaban escondidos en algún oscuro retrete para satisfacer sus necesidades adictivas, y el humo termina por delatarlos.

—¡Diablos! El humo eran mis calcetines negros